1

UNA TÍA SIN VER 233744



MADRID
NACIONAL

10 cents.

1

233744

47 | 1504955

Una tía sin vergüenza

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Córrete más arriba!

—¡Que está muy hondo esto. Tiíta!

—Pero yo me hundo demasiado y esta maldita agua salada se me mete hasta por los ojos (¡y a todo esto sin parecer ese desaborido!)

—¡Qué dices tiíta Encarna!

—Que tengo miedo de un vahído.

—¡Ay! ¿Te he pisado?

—Sí, pero no haces daño tu pesas poco. El coronel Trapaza me pisó la otra tarde en el tranvía y por poco tengo que llevarme un pié dentro del sacoche a casa!

—¡Qué exagerada! Pero porque te has puesto hoy este traje tan sutil y tan...

—¿Este traje? ¡Qué! ¿Me cae mal?

—¡No es eso tiita! Pero cómo tienes esa grupa tan provocativa y tan...

—Otra vez el «¡tan, tan!» Pareces la novia de un tambor. Ya sabes que a nalgas

R. 3223423

te gano yo de poco. ¡Mira que tú, chiquilla... Ayer sin que tú lo vieras te sorprendí mirándote al espejo en tu cuarto el lunar de tu cadera... Paréceme así como si te hubiera crecido.

—¿Cuál éste?

La chica, una rubita más salada y más graciosa que la misma mar. Con ojos profundos como la idem; con una porción de gancho propio para pescar «atunes» (viejos) «bonitos» (jóvenes de buen ver) y hasta «percebes», estudiantes de derecho o de Farmacia o de otras facultades.

Soledad (tal era su poético nombre) que tenía entonces desabrochados dos botones de su holgado bañador al preguntar «¿cuál, éste?» mostraba un redondeado globo de carne, brillante con el revoque del agua salada, blanco como su espuma; ebúrneo, tentador, y en su superficie media un bello lunar del tamaño de una lenteja.

—¿Te lo ha besado ya tu novio?

—¡Tiíta! Qué cosas te ocurren tan... tan...

—¡Ay! Me pones nerviosa con tu parcheo. Estás acostumbrada a no acabar nada... Ni las flores de la cigarrera que piensas regalarle a Valmoral... ¡Uf! Qué chicas!...

En esto una ola más violenta que las

restantes casi tumbó en la arena a la tía Encarnación.

Rióse la sobrina y apartáronse ambas. Al levantarse la agradable y apetitosa matrona, vió que en lo seco de la arena, junto a una caseta reíanse también un individuo, mofletudo de cierta edad y un pollo insignificante, más bien plácido, pelirubio y con lentes.

Eran Benito Valmoral (el joven) y el otro el coronel Trapaza, hombre de carácter alegre y campechano; un cincuentón muy bien conservado y con bastante predicamento entre la cocotería ciudadana.

—¡Encarnacioooón!

—¡Soledad! ¡Nenitaaá!

—Mírales, tiíta; son ellos. Tu novio y el mío. ¿Por qué siempre andan así de tronco?

—¡Ah!... Es que a Benito le gustan los viejos verdes y...

—Y a ti también: confiésalo. Ahora has sido tú, tiíta; sí; tú la que te has quedado sin terminar.

—¡Trapacerilla!

—¡No! La *trapacerilla*, tú misma; porque ¡con lo que te gusta Trapaza, ese coronelete tan rubicundo y tan... tan...!

—¡Toma!—la tía la atizó un pellizco en una nalga, precisamente encima del lunar.

—Así aprenderás a no hacer el tambor...

—¡No me has hecho daño! ¡Rabia, rabia! ¡Tía nervios!...

—¡Fíjate, nena!... ¡Eh! ya vamos! ¿Ves? Nos llaman ya hace un ratito. Esperar: que vamos.

A poco salían pausadamente del líquido elemento.

Dos estatuas para un museo erótico, si los hubiera (que creo que sí los hay—en Nápoles, por ejemplo).

Dos bellos modelos para escultura ligera. Maciza, gallardeando aun Encarnación, con un refocilante par de gruesos muslos, que se destacaban bajo la fina malla de su bañador.

Menos desarrollada; menos provocativa la muchacha, pero con incitantes redondeces pectorales, o sea lindos pechos de ondina, con sus correspondientes botoncillos, asaz bien plantados, que no disimulaba el sutil tejido de su traje; o semitraje de playa: pantalón corto hasta medio muslo y blusilla, que le llegaba apenas a la procelosa e incitante región glútea, muy valiente, sin ser desproporcionada, y que Lolita ondulaba, chulona, al caminar.

—¡Carambilla!—expuso Benito, cuando ellas llegaron a tiro de palabra de sus dos admiradores:—Hoy se les ha empapado a

ustedes el agua con exceso, doña Encarnata.

—Soy de la misma opinión, ¡remetralla!

—De veras? ¡tíos burlonísimos del diablo! Más valiera que no viniesen a fisgonear así, a la playa, y avergonzarnos, con sus risas memas.

—¡Oye! ¡Tú, viuda y yo, viudo! Pero ¡cara de sol! ¿por qué no nos «aglomeramos» matrimonialmente?—apoyaba por lo bajo, el coronel, *apoyando* materialmente su mano ensortijada en una ampulosa cadera de doña Encarnación.

Ella le correspondió a tan rudo avance con una mirada caldeada, satisfecha, cargada de electricidad.

Benito y Soledad aprovechaban mejor aun la hora crepuscular.

Internados en la caseta ¿qué estarían haciendo allí?

El diálogo no podía ser escuchado desde fuera, pero un buen observador hubiera podido percibir chasquidos de besos, suspiros, interpolados de frases entrecortadas por la emoción.

—¡Cómo no, morena! ¡La hora del amor, la hora del baño!

II

Ni tía Encarnación, nuestra traviesa cuarentona, ni el coronel pensaban, ni por un momento en el asunto matrimonial.

Su conversación, tocaba aquel tema, pero sin dejar de pensar cada cual en el otro «tema» respectivo.

El de doña Encarnación era «Benito»; esto es; birlarle el novio a su sobrina. El tema del militar, constituíalo, como es natural, birlarle la novia al inocentón adolescente.

¿A qué obedecían las mil insinuaciones, contactos, sonrisas, abrazos furtivos y rápidos con el menor pretexto, cambiados a cada momento con el rubio Benito?

Solía la perversa viuda esperarle a eso de las seis de la tarde, y en el mes de Agosto bochornoso si los hubo aquel año, en tanto Soledad iba a dar su lección de piano con el profesor que habitaba en la misma casa en el piso principal.

Cuando nos encontramos de nuevo con doña Encarnación, ésta sestea, perezosa, despecherada, acaso en la hora cálida de Afrodita la pagana diosa del placer carnal.

Tendida cuan larga es en un ancho diván, con las primorosas piernas enfunda-

das de seda crème, una encima de otra, una mano tras la cabeza y otra apretando un librito acaso erótico, bien encuadernado.

—¡Ese chico me pierde a mí!...

¡Vaya! ¡Que me gusta y será mío o podré poco!... ¡Mío! ¡Mío! ¡Míío!

—¡Kis! ¡kis! ¡kis!

—Eres tú, Benito. ¡Ven!—clamó imperativa, sensualizada la hembra.

—¡Pero si yo creía que era la *mínima*!

—¡No!... La *mínima* déjala quieta, que cuando yo lo quiera...

—Pero usté, doña Encarnita...

—Llámame, Encarnita, a secas... Es más meloso.

—Lo que es meloso, no es seco, señora. ¡Mire, como vengo!... ¡Este agostito de este año se las trae, caray!

Por eso digo que vengas aquí... Juntito a mí: junto a tu tiíta... que ha de ser. ¡Sí que estás húmedo, hijo!... Anda, tu cuello rezuma propiamente.

—El sudor inunda mi cuerpo.

¿Por qué no te pones con comodidad? ¡Tontín!

—¡Es que no oso!

—Osa, hombre, osa.

—Me quito la chaqueta.

—Lo que gustes... Cuantas más pren-

das te quites, más fresco estarás y «viceversa» otra persona que yo me sé.

—¡Hola! ¡hola! ¿Otra persona?... ¡Ah! sí: Lolita... Pobrecilla: ¡cómo me idolatra!... Ayer. ¡Ah! usté no sabe, tiíta... Y no sé si me atreva... Ayer...

—¿Què? sigue... Me pones en tensión.

—Más en tensión estoy yo. Toque, aquí.

—¡Chiquillo! ¡Qué atrocidad!... ¡Cómo palpita! A ver, desabróchate, que pueda poner bien la mano encima.

—¿Ve usted...? Todo corazón. Apriete, apriete, que no me molesta, al contrario.

La *tía* aprovechando la invitación (¡vaya una *tía* aquélla!) apoyaba su ardorosa mano en el ardiente corazón del nene.

—¡Hijo! ¡Sí que eres precioso por dentro! ¡Oh! Estoy emociona... da... da...

—¡Ay! ¡Y usted! ¡qué modo de palpitarle ese rico pecho!

—¡Los dos, rey mío!

—¿No me ves?... ¡No te haces cargo de mis ansias, de mis anhelos de verme en brazos de alguien, de expansionarme, como vosotros, pillos, ayer mismo allá, en la caseta de la playa!

—¡Oh! ¡La caseta! ¡Bendita caseta! Lindo receptáculo que guarda... lo que no me atrevo a decir.

—¡Atrévete! ¡Pillo, más que pillo!...

—¡Oh, no! Besos, muchos cientos de besos... arrastrados, chupados, dislocados, con contacto macerador de lenguas... pero nada más...

—¡Asesino! ¡Corruptor!... Y las manos, ¿qué hacíais con las manos?...

—Casi nada, tiíta, ¡no crea!... Yo cantaba la eterna cantinela:

«Si el ardor del amor
es el más fuerte ardor...»
Si el ansiar un placer
¡vencedor!
es entre hombre y mujer
lo mejor...»

que cantan a duo en no sé que opereta vienesa.

—Y ella, ¿ella te secundaba? ¡Di, pervertida criatura!

—¡Pobrecilla Soledad! Claro que me secundaba. Como que allí, juntitos, tan apretaditos como la ostra a la pérla; en fin, ella buscaba la perla y yo acabé por hallar la ostra,... ¡Riquísima ostra! ¡Oh! No sé lo que tienen esas ostras especiales de la hora del amor, que una sola de ellas satisface, complace y deleita mucho más que dos docenas de las otras... Una ostra amorosa, lleva en sí, tía querida, olorcillo suave, humedad salacísima, sabor celestial, ¡todo!

¡todo!.., Y la lengua humana no se fatiga por mucho que pondere, por más que se entretenga en alabar tan inefable marisco! ¡Viva la ostra!...

. . . . . .

Un timbre inoportuno, el de la puerta del piso, vino a poner inesperado desenlace a la escena que ya se iba caldeando hasta el rojo vivo.

III

Romualda Trapaza y Soledad iban de compras.

La hija del bizarro coronel y la novia de Benito profesábanse mutuo afecto, sin trampa ni cartón; afecto de colegialas, de íntima seminidad.

Juntas iban a adquirir sus medias, sus camisas, sus ligas.

Juntas se las probaban; comparaban sus muchos encantos carnosos, sus pechos de rosado matiz, sus muslos fidiescos, sus popas de portentoso diseño.

—Me gustas más que él—decía Soledad a su amiga en la intensidad de su dicha.

—¿A quién te refieres? ¿A Benito? ¡Embustera!

—Sí, porque tú no llevas bigote... y para besarnos...

—¡Rica! El lleva bigote, y también lleva otra cosá que yo no tengo.

—Ya lo sé... lleva los libros en casa de un comerciante de corsés al por mayor. ¡Corsés! ¡Ya ves! Una casa que ni tú ni yo necesitamos. Toca este pecho. ¿Durísimo, no?

—¡Adorable! Me lo comía ahora mismo.

—Tuyo es y el otro también y todo mi cuerpo: mi vientre. ¡Mira mi vientrecillo! ¡Qué suavidad y qué cosa tan... tan...!

—¿Y más abajo? ¿Oh!

—Más abajo del comercio de Benito existe una gruta.

—¡Qué casualidad! Sí: el cabaret ese «Gruta de Venus»... Dicen que es cosa picante y allí se peca por todo lo alto.

—Más abajo, ¡ah ¡Eso!.,. ¡Qh! ¡si se peca!... Contigo, en la posturita que ahora guardamos estaría yo pecando eternamente, hasta la condenación.

—Mueve más las caderas... que no va a caerte la camisa y quiero que te pruebes esta de nipis que yo te regalo. El mundo al revés: hoy cumplo los diez y nueve.

—¡Cachondilla!... ¿Me muevo bien? Méteme la lengüecita aquí, entre los dedos, no sabes lo què me gusta... ¡Oh! sí... sí... sí

que es rica esta prenda!... ¡Vaya una de calados, monona mía!...

Oyóse la voz del padre de Romualda que llamaba a ésta.

—¡Vo... vo... voy! papá! ¡Que esta... ta... tatamos de prueba!... Aprieta más este lazo, así; bien destacada encima de mis nalguitas... ¡Me veo y me gusto!... ¡Gracias, luna mía!... ¡Qué procaz soy, verdad Soledad de mis entrañas?... Vo... vo, voy, pa... pa... pá!,..

Don Dámaso Trapaza no gustaba de tomar solo su té de las cinco, al que era muy aficionado; ignoraba que aquella tarde estuvieran tan amarteladitas, tan en sabroso coloquio, las dos muchachas, pues de saberlo hubiera llamado a las dos.

—¿Con quién estabas, con la doncella?

—No, papá... Sino con Soledad, mi amiguita de colegio.

—Bien: pero andaos con cuidado con las prendas interiores... Yo no sé en qué consiste que la costurera se queja de que tan pronto encuentra desgarrones en tus camisas, como en tus pantalones.

—¡Papaíto! Que esas no son cosas de hombres—replicó ruborizada.—¡Desgarrones!... La mala calidad de las telas, dirás, mejor... En fin, ¿estás enojado?

—¡Nada de eso!... Fué una bro ma... ¡Ah



doña Rafaela, mi comadre te está llamando con el piano hace más de un cuarto de hora. Anda, baja a ver qué tripa se le ha roto...

Acabó de tomar su tè y antes de salir encargó a su padre, en caso de qucrer irse a su casa Soledad, la acompañara.

—Con mil amores—pensó el coronel, a quien se le ofrecía magnífica coyuntura de quedar a solas con su obsesión del momento que tenía por nombre «Soledad».

—¿Se puede?

—Pase, pase, don Dámaso. ¿Romaldita ha salido? Oí la puerta al cerrarse y estoy tan... tan...

—¡Toca, toca el tambor, hija! De buena gana te imitaba yo si pudiese...

—¿Y quién se lo impide?...

—Es que tu tambor me gusta una barbaridad, chiquilla! ¡Recontra de la metralla!...

—¿Habla usted enperífrasis, coronel?

—Sí... pero siéntate acá en mis rodillas. Te voy a contar un cuento.

—¡Ah! ¿Sí? Con lo que a mí me agradan los cuentos. ¡Ay, qué gusto!

Don Dámaso, a quien la vista de su amiguita en paños cuasi menores, habíá puesto en tension de muchos cientos de grados, ardía, bufaba, estaba que a poder asaltar el

divino «reducto» natural que adivinábase bajo el sútil lienzo femenino, allí mismo hubiera llevado a cabo su hazaña, guerrera y galante a la vez.

—Cuentan que una vez un novio y su novia, allá en la playa de los delfines, buscaban megillones, esos ricos mariscos tan apreciados por los excelentes paladares.

—Siga, siga—decìa, ávida la muchacha, sin hacer caso (en la apariencia) de que las manos del galán militar andaban en su regazo, cálido y efervescente como pocos.

—Los cangrejos abundan poco en la playa de referencia y ella los prefería, como es natural, a los megillones. Mira nenita, cosa bonita: «un megillón del tamaño de un doblón», iba hablando en verso y todo tal como yo, cada vez que sus manos curiosas daban con un marisco de esos tan sabrosos.— «¡Abrelo tú mismo! — instábale ella; pero con los dedos, no vayas a romperlo». El chico, diestro pescador, abrió el megillón que tenía entre los dedos; rosadito, brillante por fuera, convidando a ver lo que tenía dentro.—«¡Así, así, con cuidadito!»—apoyaba él operando cuidadosamente...

—¿Y lo abrieron?...

—¡Ya lo creo!... Pero cuando él que era gustosisimo de tales mariscos, ya empeza-

ba a sorberle golosamente, crudo como estaba, ella vió algo raro que se movía encima una pierna del novio.—¡Ah, ah!... ¡Es un cangrejo!... ¡Con lo que me gustan a mí!—«¡Cógelo por ti misma!... No se diga que todo lo pesco yo»—apuntó el muchacho...

A todo esto, real y verdaderamente Soledad, a quien el relato algo escabroso (al menos a ella se le figuraba así) del coronel, había sobreexcitado, exclamó de pronto:

—¡Ya le tengo!.,. ¡Ah, sí!... Es un cangrejo... ¡Como el de los novios, como el de los novios!...

Y se reía, con risotada sensual, plena de sensaciones eróticas y sentimientos en confusa mescolanza.

IV

Que se idolatraban el rubio Benito Valmoral y la monisima Soledad, sobrina de su tía—ya hemos visto que se trata de una verdadera «tia Javiera», no de las rosquillas, sino del arte de hacer la «rosca» a los hijos de Adán, con equidad y aseo—bueno! sí, se idolotraban, oficialmente al menos, como novios de los más al uso.

Que la tía sinvergüenza, digo que la tía Encarnación, se había prendado, físicamente al menos, constituía un hecho positivo, aunque extraoficial; o sea íntimo, apremiante para la fogosa viuda. Esta, experta en devaneos libertinos y en lides amatorias, echó mano para sus peculiares fines sensuales del campechano coronel Trapaza, y lo lanzó contra la atractiva personita de la sobrina Soledad; así, a cada paso y siempre con su erotismo despierto y contando con el otro erotismo jamás dormido del invicto guerrero, ponía a éste en trance de allanarle obstáculos y facilitarle ocasiones continuas para que se «fumara» (si podía) el honor de la muchacha, como el que se fuma un rico «caruncho» de vuelta abajo.

Que «mire, hijo, qué senos de perdición; que si ella está perdida por los buenos mozos, «siempre armados» como usted! que patatín y que patatán; y ahora dejándoles solos, en horas comprometedoras y en lugares más comprometedores aún... En fin, que la libidinosa viuda estaba ya en trance de lograr su objetivo, y no se entienda aquí otra cosa que las caricias y los agasajos viriles del rubio cuanto afortunado (?) Benito Valmoral.

Soledad se estaba probando unas medias

cierta noche en su cuarto.

Eran unas medias de seda azul marino que la muchacha encontraba le llegaban muy arriba de los encantadores muslos. Aproximábase a su espejo biselado del armario ropero. Jugueteaban sus dedos con las ligas de sedalina, de un tono algo más claro que las medias, azules también; levantaba una pierna colocando un precioso pie encima una silla: en esta posturita escorzábase divinamente el incitante ángulo del interior de su pierna con la ingle y sobresalía la valiente curvatura del soberbio muslo, en tensión.

Sonreía, ya, satisfecha, cuando una voz:

—¡Ah! ¡vanidosilla! ¿Con qué medias nuevas?.,. ¿Te sabe mal que yo te las vea puestas?... No me digas que sí; porque no te creo. ¡Traicionera de mis sentidos! ¡Tentatriz irresistible!... ¡Quién estuviera en la piel de Benito para hacerse cargo...

—No me lo nombres, coronel. Hace dos días que no parece por aquí y francamente, un chico que yo creía tan formalito y tan, tan...

—¡Basta! Esta llamada, este toque al parche, me hablan de celos, de achares, ¡vamos! pero no de convencimiento.

—¡Bah! Si ún hombre joven, sensible y guapote como él no sabe apreciar como es

debido las cualidades... ¿Tengo yo defectos físicos, coronel? ¿Qué opina usted, con franqueza?

Así diciendo enarcaba las caderas, ampulosas y de ideal curvatura; y aquellos salientes promontorios otuscaron con la velocidad de un relámpago al militar, cuyas manos se fueron cómo solitas, imantadas, hacia la soberbia carnación. Así se destacaba precisa y turbadoramente bajo la casi impalpable muselina del salto de cama que por toda vestimenta llevaba sobre su escultural cuerpo la linda criatura.

—¡Don Dámaso! Que me macera usted... ¡Ah! ¡Macéreme! ¡sobe, sobe!... No importa que rabie Benito cuando lo sepa.

—No sere yo quien se lo sople, preciosa. Además yo soy muy capaz de cometer un disparate muy gordo. ¡Por la hoja toledana que llevo al cinto.

—¿Más disparate que el encontrarnos solos aquí... sin permiso de mi tía?... Pero y mi tía Encarnación, ¡qué va a decir!

—¡Ven! ¡Ven y avente a razones, ¡hechicera!

Las razones de don Dámaso seguía teniéndolas en los dedos a la cuenta, pues, traviesos y halagadores, a la par recorrían placenteramente cuantos encantos. contornos, ángulos y protuberancias atesora-

ba el adorable cuerpecillo de Soledad.

—¡Aaay!—suspiraba ella, prolongando el suspiro, como con mezcla de sensualismo despierto en absoluto y de languidez abúlica; deseosa de masculinidades y contactos inmediatos, irresistibles.

—¡Vaya monísima! Que tus ojos me piden otra cosa que caricias. Te voy a demostrar las virtudes de mi hoja toledana. Mira ¿ves? ¡Qué limpia y reluciente!... Te apetecería manejarla por tí misma? ¡A ver prueba! ¡qrueba sacarla y meterla en la vaina con ligereza.

—No sabría... Soy muy torpe.

A todo eso el contacto carnal, irresistible del cuerpo femenino chocaban con los enhiestos instintos del militar.

—¿Ves? ¡A una!... ¡A dos!... ¡A tres!... Ya la metimos.

—¡Oh!... ¡qué dicha. Coronelito! ¡Damasillo mi... mío!

V

Aquel ejercicio de sable, primero de los que pensaba enseñar el experto coronel a su nueva alumna, digámoslo así, no hubiera ténido nada de particular. Lo que si tenía de particular y mucho, resultaba que semejante escena, acontecía casualmente, tabique por medio de la habitación que ocupaban dos de los personajes de esta historieta que más pelea han dado. El siguiente diálogo nos dará aproximadamente idea de tal aserto.

—Por fin: Benito mío... Benitito, cachondo y guapo de mis entretelas. Ahora es cuando vas a convencerte de quien soy yo como mujer y de quien es esa mala pécora de mi sobrina. Pon oído atento y mira sin cuidado por el ojo de la llave. Ahí, en esta puerta.

Benito que, inexperto y cándido como un colegial de primer año de latín, temblaba de miedo; de miedo de que fueran verdad las aserciones de la endiablada jamona.

Claro que vió; natural que oyó: vió y oyó cuanto tenemos relatado en el capítulo precedente. Pero tan atenta como a sus propias sensaciones estaba doña Encarnación como a seguir aprovechando los instantes: añadir leña al fuego de su propia lujuria y lograr por todos los medios propagar dicho fuego al inocente novio de Soledad.

—¿Te convences ya, so pavipollo? Es una descastada y una... En fin, que no

puedo permitir que sigas siendo juguete de esa sobrinita mía tan aprovechada. Y el tuno del coronel ese? ¿Qué tal? ¿Qué es lo que me dices del «digno» señor de Trapaza? ¿No crees hijito, cariño mío, que esto ya *Trapaza* de castaño oscuro?

Lo que pasaba de castaño oscuro en rigor eran ciertos parajes encantadores, muy ocultos entre sombras que los ojos encandilados de Benito adivinaban más que veian con claridad, entre los macizos encantos de la magnífica hembra que trataba de embrujarle.

Tantos y tales manejos puso en juego la sensual viuda que Valmoral acabó por entregarse a discreción en brazos de su destino. Se conoce que éste constituíalo el regazo adorable y turbador de doña Encarnación, sobre el cual había ella misma obligado a insaltarse a aquel palomino atontado.

—¡Bésame más fuerte, remonón!

—¡Ah! sí. Teme... digo, toma, Encarnita. ¡Cómo ellos! No hemos de ser menos. ¡Quiéreme! ¡Llename de contactos y caricias! ¡Quie...e...ero gozar...te! ¡Tri... tri... trinita adora... dada!

En cuanto llegaba el silabeo, ya se sabía, lujuria en puerta.

Mordisqueábale ella en las orejas, en el

pescuezo, donde podía, sin orden ni concierto.

—¿Me sientes nenito, feotón, rey de la casa?

—¡Oh! ¡Qué desarrolladas esas protuberancias posteriores, ¡mala pécora!

—¡Cállate... novio de pega! Novio que no... vió que le birlaban la novia y nada menos que la fuerza armada.

—No pensemos ya en eso.. ¡Ya pasó! Rica. ¡Ay! ¡qué blanda es tu lengua!... ¡Mira como estoy!

—¡Chorreando sudor. Ya lo veo!

—Y de gusto, reina.

En esto oyéronse risas francas y expontáneas en el cuarto vecino. Era don Dámaso Trapaza y su compañera de fatigas (fatiguitas dulces y sabrosas desde luego) que se conoce ya habían librado la primera escaramuza.

Lo chocante no fueron sólo la risas y los desplantes producidos por las voces de los nuevos amantes.

Lo descomunal, lo desopilante del caso resultó el final de aquel doble duo de erotismo desenfrenado.

Don Dámaso, después de abrir la puerta de comunicación entre ambas habitaciones, aparece en calzoncillos, pues el calor excesivo, le obligó a aligerarse de ropa pa-

ra maniobrar con más libertad, apareció como una visión extravagante ante Benito y doña Encarnación y dijo:

—Señora doña Encarnación: tengo el honor de pedir la blanca mano y lo demás de su desdampanante sobrina Soledad.

—¿Para cuántas noches?—preguntó riendo cínicamente la cauta viuda.

—Pues para el mismísimo número de noches que «nosotros» la concedemos a usted la mano y restantes miembros de su adorado Benito.

—¡Concedido: concedido!— contestaron al unísono la jamona y su reciente adorador.

Y una carcajada a cuarteto, esta vez, expontánea vino a demostrar a la aprovechada doña Encarnación que si ella se reía de medio mundo; este otro medio mundo, (representado por el Corouel y Soledad) se reían de ella, o sea: «Donde las dan las toman».

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardias de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tia sin vergüenza.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires